

El Fusang y los diez soles

Traducción del chino y comentario de Mariana Escalante



汤谷上有扶桑，十日所浴，在黑齿北。
居水中，有大木，九日居下枝，一日居上枝。
日出於暘谷，浴於咸池，拂於扶桑。
尧之时，十日并出，焦禾稼，杀草木，而民无所食，尧乃使羿
上射十日。

En el Valle de Tang crece el Fusang; ahí los diez soles se bañan, al norte de los Dientes Negros.¹

En el agua se alza este gran árbol; nueve soles descansan en sus ramas bajas y uno en la más alta.

Los soles nacen en el Valle de Yang, se bañan en el estanque Xianchi y brillan en el Fusang.

Pero en tiempos del emperador Yao, los diez soles aparecieron juntos, quemaron los cultivos y secaron las plantas, dejando al pueblo sin alimento. Entonces Yao envió a Hou Yi a disparar a los diez soles.

1 Los Dientes Negros es un lugar mítico al sur del Valle de Tang. También podría referirse a un territorio insular en el sureste del océano Pacífico, habitado por personas con dientes de ese color, el cual adquirirían por su dieta o porque se los teñían, prácticas similares a las de algunos países del sureste asiático donde se mastica nuez de areca con cal.



Ilustración de Mariana Alcántara, 2025.

El mito del árbol sagrado Fusang y los diez soles tomó forma en la antigua China por medio de la tradición oral. Su nombre, Fusang mu (扶桑木), significa “árbol del sol” o “árbol del dios solar”. Se creía que medía trescientos *li*² de altura (unos ciento cincuenta kilómetros) y que tenía hojas semejantes en forma de las de la mostaza: alargadas y con bordes irregulares; por sus dimensiones y características, no corresponde a ninguna especie real. El árbol refleja la cosmovisión china del equilibrio y de la armonía, en la que lo sagrado y lo humano se entrelazan. Su altura y raíces simbolizan la conexión entre el cielo y la tierra. Santuario de los soles, el Fusang marca el renacer de los días.

La versión que aquí se presenta proviene del *Clásico de las montañas y los mares* (Shanhaijing, 山海经, siglo V a. n. e.) y del *Huainanzi* (淮南子 siglo II a. n. e.), aunque sus orígenes se remontan, según se cree, a la dinastía Shang (1600-1046 a.n.e.).

Los soles eran hijos de Xihe (羲和), madre solar, y Dijun (帝俊), dios de la creación. En el estanque Xianchi, situado en el valle de Tang o Yang³ —región mí-

tica en el extremo oriental del mundo, donde crece el Fusang—, Xihe bañaba a sus soles antes del amanecer: ritual de purificación y renovación previo al viaje por el cielo. Sólo uno de ellos cruzaba el firmamento sobre un cuervo —ave que lleva el sol, es el sol o habita en él—. Los demás esperaban su turno posados en las ramas del Fusang para dar luz y vida al mundo.

Pero un día los diez soles salieron juntos. Abrasaron la tierra y consumieron las cosechas. Los textos clásicos no explican por qué —¿acaso por monotonía, travesura, rebelión?—. Entonces, el emperador Yao (尧), gobernante legendario del siglo XXIV a. n. e., envió a Houyi (后羿), arquero celestial, a derribarlos con sus flechas. Disparó a nueve y así restauró el equilibrio: un solo sol era suficiente.

Siglos después, Qu Yuan (340-278 a. n. e.), en su célebre poema “Preguntas al cielo” (天问), evocó ese momento con asombro y melancolía: “¿Cómo Houyi disparó a los soles? ¿Cómo los cuervos perdieron sus plumas?”. ㊦

2 Unidad de longitud china equivalente a quinientos metros.

3 El Valle de Tang (汤谷) y el Valle de Yang (曷谷) son un mismo lugar mítico donde nace el sol. El primero significa literalmente “valle de

aguas cálidas”; el segundo, “valle del sol naciente”. Cada una de las fuentes usa un nombre y ambas destacan su papel como lugar sagrado donde habita el sol.

JULIO VILLANUEVA CHANG

El niño hormiguero

Un niño ve un árbol caído
y rompe a llorar. Derribado en una calle cerca de su casa,
lo mira como a un cadáver asombroso y desconocido
y decide no moverse de allí: cree que puede salvarlo.
Unos empleados del municipio de Yanahuara
lo habían arrancado para adoquinar una calle.
Es un mioporo, un árbol australiano en Arequipa que absorbe
gran cantidad de monóxido de carbono y sabe convivir
con la brisa. Va a anochecer y sus padres
buscan tierra abonada para volver a sembrarlo, pero el serenazgo
les pide esperar hasta el día siguiente a jardineros
del municipio. El niño cree que es mentira,
que el árbol morirá en el suelo. Se angustia por salvarlo.
Su padre llama a la alcaldía, y le dan la palabra
de que a la mañana siguiente habrá allí un árbol de pie.
El niño regresa a casa llorando de ira.
Su madre recuerda que, a los tres años, la única forma de calmarlo
de sus berrinches era haciéndole escuchar
la *Obertura 1812* de Tchaikovsky.
“Sentía que eran unos caballos corriendo.”
Pero esto no es un berrinche: es un asunto de vida o muerte.
El padre ha exigido que vuelvan a plantar el árbol.
No se trata de calmar la hipersensibilidad de su hijo.
No se trata sólo de oxígeno, nutrición, combustible,
semillas y sombra. Si cada día viéramos tres árboles por la ventana,
dice una investigación, habría menos muertes y más salud mental.
Ver un árbol es un fenómeno del sosiego,
un consuelo verde contra el estrés y la taquicardia.
Ver llorar a un niño al pie de un árbol derribado
es una tragedia ante la que no nos rebelamos.
La muerte de un árbol no es asunto nuestro.
Manrique Monti intentó resucitar uno
como si fuera su hermano.



Cuando despertó, un árbol
 ya estaba sembrado allí. Facundo Manrique Monti fue un valiente
 que lloró de rebelión. Cuando no está salvando árboles,
 es un viajero frecuente al jardín de su casa,
 un explorador que se asoma a las hormigas como un gigante
 que las protege de las pisadas de sus vecinos,
 del agua de riego que las ahoga. No las vigila como un capataz de hormigueros.
 Las contempla como un aprendiz de ministro de Trabajo.
 Uno siempre lo encuentra en cuclillas allí,
 inclinado con la atención de un cíclope
 tomando notas de la geopolítica hormiguera
 en un jardín cuyas colonias ha dividido
 en zonas que van desde la letra a hasta la g.
 Una coincidencia con la g de Gaucho, su schnauzer
 compañero de juegos, un cazador de ratones
 en un jardín sin ratones pero con pajaritos, a quien intenta enseñarle
 a dormir en su cama de perro, y cuyo nombre
 es un homenaje al país natal de su madre.
 Cuando no está en un salón de clases,
 FMM ensaya algo de Beethoven y tango en su piano,
 o se convierte en el último hombre del campo,
 el arquero del equipo de fútbol de su colegio, un chico que vuela
 para atrapar una pelota como cuando atajó dos penales
 en Arica y ganaron el campeonato; o enseña a su hermana
 cómo alimentar a las hormigas con un gotero que deja caer
 agua con azúcar sobre una hoja. Él toca el piano; ella, el violín.
 Ella baila *ballet*; él, lo que puede. Ella y él juegan
 con un balón amarillo que lleva impresa una cara feliz.
 “Me gusta patear esa pelota porque es tan leve
 que el viento la lleva como si fuera suya”,
 dice él, con los árboles de su parte.